

18/5/5

to al otro, sino en el sentido de «enemigo del alma», opuesto a «extramundano» (ausserweltlich). «Wellich», que traducimos por «profano» o «mundano», se opone a «divino», «sagrado», etc.

Habitualmente traducimos «Erlösungsreligion» por «religión de salvación», pero también utilizamos los términos «redención» y «liberación» cuando queremos dejar claro que la «salvación» puede ser lo mismo inmanente (diesseitig) que trascendente (jenseitig), según las religiones. No hay en esto peligro de confusión, como no lo hay cuando Weber utiliza, en vez de «Erlösung» términos análogos, como «Heil» o «Heilandsreligiosität».

Por lo demás, hemos confeccionado un Glosario donde el lector encontrará ulterior información sobre términos y nombres poco usuales.

Weber, Max

Ensayos sobre sociología
de la religión,

Madrid: Taurus, 1984

11 (2)

INTRODUCCIÓN

(1920)

El hijo de la moderna civilización occidental que trata de problemas histórico-universales, lo hace de modo inevitable y lógico desde el siguiente planteamiento: ¿qué encadenamiento de circunstancias ha conducido a que aparecieran en Occidente, y sólo en Occidente, fenómenos culturales que (al menos tal y como tendemos a representárnoslos) se insertan en una dirección evolutiva de alcance y validez universales?

Sólo en Occidente hay «ciencias» en aquella fase de su evolución que reconocemos actualmente como «válidas». También en otras partes (sobre todo en India, China, Babilonia, Egipto) ha habido conocimientos empíricos, meditación sobre los problemas del mundo y de la vida, sabiduría filosófica e incluso teológica de extrema profundidad (aún cuando el desarrollo pleno de una teología sistemática es propio del Cristianismo influido por el helenismo y en el Islam y en algunas sectas indias sólo se encuentran atisbos), saber y observación de extraordinaria sublimación. Pero a la astronomía de los babilonios, como a todas las demás, le faltó la fundamentación matemática que los helenos fueron los primeros en darle (lo cual hace todavía más asombroso su desarrollo en Babilonia). A la Geometría de los indios le faltó la «prueba» matemática, producto también del espíritu heleno, que además fue el primero en crear la Mecánica y la Física. Las ciencias naturales de la India, extraordinariamente desarrolladas desde el punto de vista de la observación, carecieron de la experimentación racional (producto del Renacimiento, salvando algunos atisbos en la Antigüedad), y del moderno laboratorio; de ahí que la medicina india tan desarrollada en el orden empírico-técnico, careciera de fundamento biológico, y, sobre todo, bioquímico. En todos los ámbitos culturales no occidentales se desconoce la química racional. A la historiografía china, tan desarrollada, le falta el *pragma* de Tucídides. Maquiavelo cuenta con predecesores en la India, pero a toda la teoría asiática del Estado le falta una sistematización semejante a la aristotélica y toda suerte de conceptos racionales. Pese a todos los asomos que se encuentran en la India

(escuela de Mimansa), pese a las amplias codificaciones, particularmente en el Asia Anterior, y pese a todos los libros jurídicos indios y no indios, han faltado en todas partes, para la formación de una doctrina jurídica racional, los rigurosos esquemas y formas de pensamiento jurídicos del derecho Romano y occidental inspirado en él. Además, una construcción como la del derecho canónico es algo que sólo el Occidente conoce.

Lo mismo ocurre en el arte. Parece que el oído musical estuvo mucho más finamente desarrollado en otros pueblos de lo que hoy lo está entre nosotros, o, en todo caso, no menos. La polifonía, en formas diversas, ha estado extendida por toda la tierra, y también en otras partes se encuentra la concertación de una pluralidad de instrumentos y los distintos compases. Todos nuestros intervalos tonales racionales se conocieron y combinaron en otras partes. Pero sólo en Occidente ha existido la música armónica racional (contrapunto, armonía), la composición musical sobre la base de los tres tritonos y la tercera armónica, nuestra cromática y nuestra enarmonía (armónicamente interpretadas en forma racional, y no según las distancias, desde el Renacimiento), nuestra orquesta con su cuarteto de cuerda como núcleo y la organización del conjunto de instrumentos de viento, el bajo fundamental, nuestro pentagrama (que hace posible la composición y ejecución de las modernas obras musicales y asegura su permanencia en el tiempo), nuestras sonatas, sinfonías y óperas — a pesar de que las más diversas músicas han tenido música de programa, matizado y alteración de tonos y cromática como medios de expresión — y, como medios de ejecución, todos nuestros instrumentos básicos: órgano, piano y violín.

Hubo arcos en ojiva como motivos decorativos en la Antigüedad y en Asia; al parecer, también en Oriente se conocía la bóveda ojival esquinada. Pero en ninguna parte se ha dado la utilización racional de la bóveda gótica como medio de distribuir y abovedar espacios conformados a voluntad y, sobre todo, como principio constructivo de grandes edificaciones monumentales y como fundamento de un estilo que abarca por igual a la escultura y a la pintura, como supo crearlo la Edad Media. Y también falta (a pesar de que los fundamentos técnicos se habían tomado de Oriente) la solución del problema de las cúpulas y la racionalización clásica del conjunto del arte — conseguida en la pintura por el uso racional de la perspectiva lineal y aérea — que creó, entre nosotros el Renacimiento. En China se dieron productos del arte de imprimir. Pero sólo en Occidente se ha producido una literatura destinada expresamente a las prensas y que sólo vive gracias a ellas, como la «prensa» y los «periódicos». En otros lugares, como China y el Islam, hubo también Escuelas Superiores de todos los tipos, algunas incluso parecidas en lo externo a nuestras Universidades y Academias. Pero el cultivo sistematizado y racional de las especialidades científicas, la formación académica del especialista como elemento dominante de la cultura es algo de lo que no hubo ni atisbos fuera de Occidente. Producto Occidental es, sobre todo, el funcionario especializado, piedra angular del Estado Moderno y de la moderna economía europea;

se encuentran embriones de él en otras partes, pero en ninguna fueron constitutivos de ningún aspecto del orden social en la medida que en Occidente. Es claro que el «funcionario», incluso el funcionario especializado, es un producto antiquísimo de las más diversas culturas. Pero ningún país ni ninguna época se ha visto tan inexorablemente condenado como el Occidente a encasillar toda nuestra existencia, todos los supuestos básicos de orden político, técnico y económico de nuestras vidas, en los estrechos moldes de una organización de funcionarios especializados, y ninguna ha sabido de funcionarios estatales de formación técnica, comercial y, sobre todo, jurídica, como titulares de las más importantes funciones cotidianas de la vida social.

También la organización estamental de las asociaciones políticas y sociales ha estado muy extendida; pero sólo en Occidente ha existido el estado estamental: «rex et regnum» en sentido occidental. Y, desde luego, sólo el Occidente ha creado parlamentos con «representantes del pueblo» periódicamente elegidos, los demagogos y el gobierno de los líderes de los partidos como «ministros» responsables ante el Parlamento, aunque, naturalmente, ha habido en todo el mundo «partidos» en el sentido de organizaciones que aspiraban a conquistar o, al menos, a influir sobre el poder político. También el Occidente es el único que ha conocido el «estado» como organización política, con una «constitución» y un derecho racionalmente articulados y una administración por funcionarios especializados guiada por reglas racionales positivas: las «leyes»; fuera de Occidente, todo esto se ha conocido de modo rudimentario, pero siempre faltó esta esencial combinación de características decisivas.

Y lo mismo ocurre con el poder que determina el destino de nuestra vida moderna: el capitalismo.

«Impulso adquisitivo», «afán de riqueza», sobre todo de riqueza monetaria, de riqueza monetaria lo mayor posible, son cosas que nada tienen que ver en sí con el capitalismo. Este afán se ha encontrado y se encuentra por igual en los camareros, los médicos, los cocheros, los artistas, las cocottes, los funcionarios corruptibles, los jugadores, los mendigos, los soldados, los ladrones, los cruzados: en all sorts and conditions of men, en todas las épocas y en todos los lugares de la tierra, en toda circunstancia que ofrezca una posibilidad objetiva de enriquecerse. Es preciso, por tanto, abandonar de una vez para siempre un concepto tan elemental e ingenuo del capitalismo, con el que nada tiene que ver (y mucho menos con su espíritu) la codicia ilimitada; más bien al contrario, debería considerarse al capitalismo como el freno o, por lo menos, como la moderación racional de este impulso irracional. Ciertamente, el capitalismo se identifica con el afán de ganancias logradas mediante una actividad capitalista racional y continuada: ganancia siempre renovada, «rentabilidad». No tiene más remedio: dentro de una ordenación capitalista de la economía, una empresa capitalista que no se oriente a la probabilidad de alcanzar una rentabilidad está condenada al fracaso. Comencemos por definir con alguna mayor precisión de lo que suele hacerse de ordinario. Para nosotros, un acto econó-

ACTO DE
CAPITALI
TA LO
CRO FIC
FIC; CAL
CULO

mico «capitalista» significa un acto que descansa en la expectativa de una ganancia debida a la utilización de recíprocas probabilidades de *cambio*, es decir, en probabilidades (formalmente) *pacíficas* de lucro. La apropiación violenta (formal y real) tiene sus propias leyes, y en todo caso, no es oportuno (aunque no se pueda prohibir) situarla bajo la misma categoría que la actividad orientada en último término hacia la probabilidad de adquirir una ganancia mediante el cambio¹. Cuando se persigue de modo racional el lucro de tipo capitalista, la actividad correspondiente se basa en el *cálculo* de capital; es decir, se integra en el empleo planificado de prestaciones útiles reales o personales como medio adquisitivo, de tal suerte que el resultado final de una operación, calculado por el método de balance, en bienes valorables en dinero (o el valor estimado de los bienes valorables en dinero de una empresa continuada, calculado en balances periódicos) deberá *exceder*, a fin de cuentas, al «capital», al valor estimado en el balance de los medios adquisitivos reales empleados en el intercambio; (y en una empresa permanente, por tanto, este excedente debe ser *continuo*). Ya se trate de mercancías *in natura* entregadas en consignación a un viajante, cuyo producto puede consistir a su vez en otras mercancías *in natura*; o de una fábrica cuyos edificios, máquinas y existencias en dinero materias primas y productos acabados o semiacabados representan activos a los que corresponden sus respectivas obligaciones, lo decisivo en todo caso es el cálculo de capital realizado en términos monetarios, ya por medio de la contabilidad moderna o del modo más primitivo y rudimentario que se quiera: al comenzar la empresa se hará un presupuesto inicial, se realizarán otros cálculos antes de emprender cada acción, otros posteriores al controlar y examinar la conveniencia de las mismas y al final de todo se hará una liquidación que establecerá la «ganancia»: El presupuesto inicial de una consignación, por ejemplo, consiste en determinar el valor en dinero de los bienes entregados por el que se han de regir las dos partes (si no están ya en forma de dinero), y su liquidación será la evaluación final que servirá de base al reparto de pérdidas y ganancias; en cada acción concreta que emprenda el consignatario, si obra racionalmen-

¹ En este, como en otros puntos, me separo de mi venerado maestro, Lujo Brentano (en la obra que más tarde citaré). Discrepo de él, en primer lugar, en la terminología, pero también mantengo con él otras discrepancias objetivas. No me parece oportuno subsumir bajo la misma categoría cosas tan heterogéneas como el producto del saqueo y el de la dirección de una fábrica, y mucho menos aún designar como «espíritus» del capitalismo —en oposición a otras formas de lucro— toda aspiración a ganar *dinero*. A mi juicio, se pierde con lo segundo toda precisión en los conceptos, y con lo primero la posibilidad de destacar lo específico del capitalismo occidental frente a otras formas de capitalismo. También, G. Simmel en su *Philosophie des Geldes* equipara en demasía «economía monetaria» con «capitalismo», menoscabando también con ello el contenido de su exposición. En los escritos de W. Sombart, sobre todo en la última edición de su obra fundamental sobre el capitalismo, lo específico de Occidente, que es la organización racional del trabajo, queda en un plano muy secundario, tras factores evolutivos que se han dado en todo el mundo (al menos desde el punto de vista de mi problema).

te, habrá un cálculo previo. Ciertamente, hay veces en que faltan el cálculo y la estimación exactos, procediéndose por evaluaciones aproximadas o de modo puramente tradicional y convencional; esto ocurre en toda forma de empresa capitalista, incluso en la actualidad, siempre que las circunstancias no obligan a realizar cálculos exactos, pero no afecta a la esencia, sino solamente al grado de *racionalidad* de la actividad capitalista.

Conceptualmente, importa sólo que lo decisivo para la actividad económica sea el guiarse de hecho por una comparación del dinero resultante con el dinero invertido, por primitiva que sea la forma en que se haga. En este sentido, ha habido «capitalismo» y «empresas capitalistas», aunque con escasa racionalización del cálculo de capital, en todos los países civilizados del mundo, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos: en China, India, Babilonia, Egipto, en la Antigüedad mediterránea, en la Edad Media y en la Moderna; y no sólo negocios ocasionales y aislados, sino empresas dirigidas a iniciar continuamente negocios nuevos e incluso «empresas» estables (a pesar de que el comercio no constituía una empresa estable, sino una suma de negocios aislados y de que sólo paulatinamente y por «ramas» se fue creando una coherencia interna en el comportamiento de los *grandes* comerciantes. En todo caso, los empresarios capitalistas, no sólo ocasionales, sino también permanentes, son producto de los tiempos más remotos y han tenido una extensión prácticamente universal.

Ahora bien, el capitalismo ha tenido en Occidente una importancia y (lo que constituye su fundamento), unos tipos, formas y direcciones que no han existido en ninguna otra parte. En todo el mundo ha habido comerciantes: al por mayor y al por menor, locales e interlocales, prestamistas de todo tipo, bancos con funciones de lo más diverso (pero siempre, como mínimo, semejantes en esencia a las que tenían en nuestro siglo XVI); siempre han estado también muy extendidos los empréstitos navales, las consignaciones, los negocios y asociaciones comanditarias. Siempre que utilizaron dinero las haciendas de las corporaciones públicas, apareció el capitalista que —en Babilonia, Grecia, India, China, Roma, ...— prestó su dinero para la financiación de guerras y piraterías, para suministros y construcciones de toda clase; o que en la política ultramarina intervino como empresario colonial, o como comprador o cultivador de plantaciones con esclavos o trabajadores oprimidos directa o indirectamente; o que arrendó grandes fincas, cargos y, sobre todo, impuestos; o que se dedicó a subvencionar a los jefes de partido con finalidades electorales o a los *condotieros* para promover guerras civiles; o que, en último término, intervino como «especulador» en toda suerte de aventuras financieras. Este tipo de empresario, el «capitalista aventurero», ha existido en todo el mundo. Sus oportunidades eran siempre en su esencia —con excepción del comercio y de los negocios crediticios y bancarios— o de carácter puramente especulativo e irracional o dirigidas al enriquecimiento mediante la violencia, especialmente a la obtención de botín, ya en las guerras propiamente dichas, ya mediante el saqueo fiscal crónico de los súbditos.

CALCO
DE S
CALS

CAPITALI
NO AVE
TURERO

Todavía en la realidad actual de Occidente siguen llevando está im-
pronta el capitalismo de los fundadores, el de los grandes especuladores,
el colonial y el moderno capitalismo financiero incluso en tiempos de
paz, y, sobre todo, todo capitalismo que se orienta específicamente hacia
la guerra; ciertas partes (pero sólo algunas) del comercio internacional al
por mayor continúan muy próximas a él, hoy como ayer. Pero en la Edad
Moderna occidental hay una forma de capitalismo que no se conoce en
ninguna otra parte de la tierra: la organización racional capitalista del tra-
bajo (formalmente) libre. En otras partes no existe esto sino en forma ru-
dimentaria. Incluso la organización del trabajo obligado no logró una cier-
ta racionalización más que en las plantaciones y en los ergasterios de la
Antigüedad, siendo todavía menor la de las explotaciones basadas en
prestaciones personales, los ingenios de las grandes haciendas o las indus-
trias domésticas de los terratenientes que empleaban el trabajo de siervos
y vasallos en los comienzos de la Edad Moderna. Ni siquiera las «indus-
trias domésticas» propiamente dichas, llevadas con trabajo libre, se encuen-
tran documentadas con seguridad sino en casos aislados fuera de Occi-
dente; y el empleo, naturalmente universal, de jornaleros no ha conduci-
do en ninguna parte, salvo excepciones muy raras y muy particulares y,
desde luego, muy diferentes de las modernas organizaciones industriales
(pues consistían sobre todo en monopolios estatales) a la creación de ma-
nufacturas, ni siquiera a una organización racional del aprendizaje artesana-
l como la que existió en la Edad Media. Pero la organización empresaria-
l racional, la orientada a las oportunidades del mercado y no a la
especulación irracional o política, no es el único fenómeno específico del
capitalismo occidental. La moderna organización racional de la empresa
capitalista no hubiera sido posible sin otros dos importantes elementos
determinantes del desarrollo evolutivo: la separación de la economía domésti-
ca y la empresa, que es hoy un principio dominante en la vida económica, y
la contabilidad racional tan estrechamente ligada a ello. La separación espa-
cial de la tienda o el taller y la vivienda se encuentra también en otras
partes, como el bazar oriental y los ergasterios de otros ámbitos cultura-
les. También en el Asia Oriental, en Oriente y en la Antigüedad se crea-
ron asociaciones capitalistas con contabilidad empresarial separada; pero
se trata de meros rudimentos en comparación con la autonomía de la mo-
derna empresa de negocios. La razón principal es que les faltaron com-
pletamente los medios internos para esta autonomía, a saber, la contabilidad
racional y la separación jurídica entre el patrimonio de la empresa y los
patrimonios personales, o, caso de darse, estaban tan sólo en sus inicios².

² Naturalmente, la antítesis no debe entenderse como si fuera absoluta. El capitalismo
político (sobre todo el basado en el arriendo de impuestos) dio lugar ya en la Antigüedad
mediterránea y oriental, pero sobre todo en China y en India, a empresas racionales perma-
nentes, cuya contabilidad, que sólo conocemos por defectuosos fragmentos, bien puede ha-
ber tenido carácter «racional». El capitalismo «aventurero» dependiente de la política está en

En otras partes, la evolución se ha dirigido en el sentido de que los esta-
blecimientos empresariales se han ido desprendiendo de una gran econo-
mía doméstica (del *oikos*) real o señorial; tendencia ésta que, como ya
observó Rodbertus, es directamente opuesta a la Occidental, pese a sus
aparentes afinidades.

PERO
LIEBE

COMERCIALI-
ZACIÓN

PERO todas estas características del capitalismo occidental deben en
realidad su importancia a su conexión con la organización capitalista del
trabajo. También está en relación con ella lo que suele llamarse «comercia-
lización», es decir, el desarrollo de los títulos de crédito y la racionaliza-
ción de la especulación en las bolsas. Pues sin la organización capitalista
del trabajo, todo esto, incluida la tendencia a la comercialización no
tendría mayor alcance (puesto que hubiera sido posible), sobre todo para
la estructura social y todos los problemas específicos de la modernidad
occidental relacionados con ella. Un cálculo exacto —fundamento de todo
lo demás— sólo es posible sobre la base del trabajo libre; y así como —y
porque— el mundo no ha conocido fuera de Occidente una organización
racional del trabajo, tampoco —y por eso mismo— ha existido un socialismo
racional. Ciertamente ha habido en el mundo, lo mismo que economía urba-
na, política municipal de abastecimientos, mercantilismo y políticas del
bienestar de los soberanos, racionamientos, economía regulada, protec-
cionismo y teorías del laissez-faire (en China), también economías socia-
listas y comunistas de muy distinto carácter: comunismo de raíces fami-
liares, religiosas y militares, socialismo de Estado (en Egipto), cárteles
monopolistas e incluso organizaciones de consumidores de las más varia-
das especies. Pero del mismo modo que fuera de Occidente faltan los
conceptos de «burgués» y de «burguesía» (a pesar de que en todas partes
ha habido privilegios municipales para el comercio, gremios, guildas y
toda clase de distinciones jurídicas entre la ciudad y el campo en las for-
mas más diversas), así también ha faltado el «proletariado» como clase; y
tenía que faltar cuando faltaba justamente la empresa como organización
del trabajo libre. Lucha de clases ha habido siempre: entre deudores y
acreedores, entre latifundistas y desposeídos, siervos de la gleba o arren-
datarios, entre el comerciante y el consumidor o el terrateniente; pero ni
siquiera la lucha, tan característica de la Edad Media Occidental, entre
el empresario a domicilio y los que trabajaban para él ha sido presentida

intimo contacto con el capitalismo empresarial racional en la génesis histórica de los moder-
nos bancos, nacidos casi siempre de negocios motivados por la guerra y la política (incluyendo el Ban-
co de Inglaterra). Es característica la oposición entre la individualidad de Paterson —un pro-
moter típico— y los miembros del directorio que decidieron sobre la actitud permanente del
banco y que pronto fueron caracterizados como *The puritan usurers of Grocer's Hall*, así como
el descarrilamiento de la política de este «solidísimo» banco todavía con ocasión de la funda-
ción de la *South Sea*. La antítesis es, naturalmente, totalmente fluida, pero está ahí. Ninguno
de los grandes promoters y financiers ha sabido crear organizaciones racionales del trabajo,
como tampoco —siempre en general y con excepciones aisladas— los exponentes típicos del
capitalismo financiero y político, los judíos. Eso fue obra de gente totalmente distinta (en
cuanto tipo).

en otras partes. Nunca se dio la moderna contraposición entre grandes empresarios industriales y trabajadores asalariados libres, y por eso tampoco pudo haber una problemática de la índole de la del moderno socialismo.

Por tanto, en una historia universal de la cultura, y desde un punto de vista puramente económico, el problema central para nosotros no es, en definitiva, el del desarrollo de esta actividad capitalista, sólo cambiante en la forma, en cuanto tal (la del tipo aventurero, la del capitalismo comercial o la del capitalismo orientado a la guerra, la política, la administración y las oportunidades de lucro que ofrecen), sino más bien el surgimiento del capitalismo *empresarial burgués con su organización racional del trabajo libre*; o, en otros términos, *el del origen de la burguesía occidental con sus propias características, que sin duda está en estrecha conexión con el origen de la organización capitalista del trabajo*, aun cuando, naturalmente, no sea idéntico con la misma; pues antes de que se desarrollase el capitalismo occidental, ya había «burgueses» en el sentido estamental (aunque obsérvese que sólo en Occidente). Ahora bien, el capitalismo moderno ha estado enormemente determinado en su desarrollo por los avances de la *técnica*; su actual racionalidad se halla esencialmente condicionada por la *calculabilidad* de los factores técnicamente decisivos que son las bases de un cálculo exacto, es decir, por la especificidad de la ciencia occidental, en particular de las ciencias naturales exactas y racionales de base matemática y experimental. A su vez, el desarrollo de estas ciencias y de la técnica basada en ellas debió y debe grandes impulsos a su aplicación por el capitalista con miras económicas, dadas las oportunidades de beneficio que ofrecen. No es que esto determinará el nacimiento de la ciencia occidental. También los indios calcularon, cultivaron el álgebra e inventaron el sistema numérico posicional, que sólo en Occidente se puso de modo inmediato al servicio del incipiente capitalismo; y, sin embargo, no supieron crear las modernas formas de calcular y hacer balances. Tampoco el surgimiento de la mecánica y la matemática estuvo condicionado por intereses capitalistas. Pero la utilización *técnica* de los conocimientos científicos (lo decisivo para el nivel de vida de nuestras masas) si que estuvo condicionado por los resultados económicos que en Occidente se derivaban de ello. Y esos resultados se deben justamente a la peculiaridad del *orden social* occidental. Por consiguiente, habrá que preguntarse a qué elementos de esa peculiaridad, puesto que, sin duda, no todos poseyeron la misma importancia. Entre aquellos de cuya importancia no cabe dudar se encuentra la estructura racional del *derecho* y la administración. Pues el moderno capitalismo empresarial nacional necesita tanto de la calculabilidad de los medios técnicos del trabajo como de un Derecho previsible y una administración guiada por reglas formales; sin esto, es posible el capitalismo aventurero, comercial y especulador, y toda suerte de capitalismo político, pero es imposible la empresa racional privada con un *capital* fijo y un *cálculo* seguro. Sólo el Occidente ha puesto a disposición de la vida económica un Derecho y una administración dota-

CRISTIANO
DEL TAA-
BAJO

Ciencia
y Técnica

PECULIARI-
DAD DEL
ORDEN
SOCIAL
OCCIDENTAL

ADMINIS-
TRACIÓN
FORMAL

Y DERECHO PREVISIBLE

dos de esta perfección formal técnico-jurídica. Por consiguiente es preciso preguntarse: ¿De dónde proviene este derecho? No hay duda de que, en conjunción con otras circunstancias, también fueron los intereses capitalistas los que contribuyeron a allanar el camino a la dominación del estamento de los juristas instruidos en el derecho racional sobre los campos de la justicia y la administración, como muestra cualquier investigación. Pero no constituyeron en modo alguno el factor único o predominante, o, en todo caso, no han sido los *creadores* de este Derecho. Otras fuerzas totalmente distintas intervinieron en esta evolución. ¿Y por qué no hicieron lo propio los intereses capitalistas en China o la India? ¿Por qué en estos lugares no encaminaron ni la evolución científica ni el desarrollo de la ciencia, ni el del arte, ni el del estado ni el de la economía por esas sendas de la *racionalización* que son características del Occidente?

Pues es evidente que, en todos los casos mencionados, se trata de un «racionalismo» de tipo especial de la cultura occidental. Ahora bien, esta palabra puede significar cosas harto diversas, como se pondrá de relieve en las páginas siguientes. Hay, por ejemplo, «racionalizaciones» de la contemplación mística, es decir, de una actividad que, vista desde otros ámbitos de la vida, es específicamente «irracional», igual que hay racionalizaciones de la economía, de la técnica, del trabajo científico, de la educación, de la guerra, de la justicia y de la administración. Además, cada uno de estos ámbitos puede «racionalizarse» desde puntos de vista y objetivos últimos de la mayor diversidad, y lo que visto desde uno es «racional» puede ser «irracional» visto desde el otro. De manera que ha habido racionalizaciones de los tipos más diversos en los diferentes ámbitos de la vida en todas las culturas. Lo característico para su diferente significación histórico-cultural es en qué esferas se han racionalizado y en qué dirección. Por consiguiente, de nuevo se trata primariamente de conocer la *peculiaridad* específica del racionalismo occidental, y dentro de él, del racionalismo occidental moderno, y de explicarlo en su génesis. Esta investigación ha de tener en cuenta muy principalmente las condiciones económicas, reconociendo la importancia fundamental de la economía; pero tampoco deberá ignorar la relación causal inversa: pues el racionalismo económico depende en su origen tanto de la técnica y el derecho racionales como de la capacidad y aptitud de los hombres para determinados tipos de *conducta* práctica racional. Cuando esta conducta se ha visto impedida por obstáculos de tipo espiritual, también en el campo de la economía el desarrollo de una conducta racional ha topado con fuertes resistencias internas. Ahora bien, en el pasado, los poderes mágicos y religiosos y las ideas de obligación ética ligadas a ellos se contaron en todas partes entre los elementos constitutivos del modo de vida. De estos elementos tratan precisamente los ensayos reunidos en la presente obra.

Comienza este libro con dos trabajos, escritos hace algún tiempo, que intentan acercarse a un punto concreto y muy importante de la vertiente más difícilmente accesible del problema: determinar la influencia de ciertos contenidos de fe religiosa en la formación de una mentalidad econó-

QUE HIZO
LOS INDI-
AYUDOS POR
LA NACIÓN
LIBERAD?
QUE HIZO
YO SIN I
ACOMPAÑAR
TRADICION
LEI SE A
SANA ACO
SOLAS Q
COMAN?

RELACION
CAUSAL
UNIVUCA

QUE HUBIERA
PASADO SI
NO PASABA
LO QUE PASO
SÓLO
(PREG. (C)C
INDICAR)

mica de un *ethos* económico, fijándose en el ejemplo de las conexiones entre la moderna ética económica y la ética racional del protestantismo ascético. Por ello nos limitaremos aquí a perseguir un lado de la relación causal. Los trabajos ulteriores sobre la «Ética económica de las religiones universales» intentan exponer, mediante una panorámica de las relaciones entre las más importantes religiones y la economía y la estratificación social de su ámbito cultural, ambas relaciones causales, pero sólo en tanto que es necesario para encontrar los puntos de comparación con la evolución occidental que ha de continuar analizándose. Pues sólo así es posible emprender una imputación causal medianamente unívoca de aquellos elementos de la ética económica religiosa de Occidente que le son peculiares, en oposición a las demás. Por consiguiente, estos artículos no pretenden hacerse pasar por análisis culturales omnicomprendivos, ni siquiera en forma esquemática. Sino que acentúan completamente a propósito en cada ámbito cultural lo que en ellos ha sido y es opuesto a la evolución de la cultura occidental. Están, por tanto, totalmente orientados hacia lo que desde este punto de vista parece importante cuando se expone el desarrollo de Occidente. No parece posible proceder de otro modo para llegar al fin que nos hemos propuesto. Pero, para evitar malentendidos, hay que insistir aquí expresamente sobre esta limitación del fin que nos proponemos. Y todavía en otro aspecto es preciso prevenir, al menos al desorientado, de sobrevalorar la importancia de los trabajos que siguen. El sinólogo, el indólogo, el semitista o el egiptólogo no encontrará en ellos, naturalmente, nada que les sea materialmente desconocido. Lo único deseable sería que no encontrara nada esencial para nuestro objeto que tuviera que juzgar materialmente falso. El autor no puede saber en qué medida ha logrado acercarse a este ideal al menos tanto como le es posible a quien no es especialista. Parece completamente claro que tiene todos los motivos para no poder pensar en el valor de su obra sino con suma modestia alguien que no tiene más remedio que utilizar traducciones y que, por lo demás, ha de orientarse a través de una literatura especializada muchas veces muy contradictoria y sobre cuyo valor, además, no puede juzgar por sí mismo, en lo referente a la utilización y valoración de las fuentes documentales, monumentales y literarias en general. Mucho más cuando la proporción de traducciones de auténticas «fuentes» (es decir, de inscripciones y documentos originales) es en parte (especialmente por lo que se refiere a China) todavía muy pequeña en comparación con las que existen y son importantes. De todo esto se infiere el carácter completamente provisional de estos artículos, en particular las partes referidas a Asia³. Sólo los especialistas pueden emitir un juicio definitivo. Si han sido escritos es, únicamente, porque, comprensiblemente, no existían hasta ahora exposiciones de especialistas hechas con este fin particular y desde este particular punto de vista. Están destinados a verse pronto «superados»,

³ El conjunto de mis conocimientos hebraicos es también muy deficiente.

en medida y sentido mayores de lo que al cabo lo son todos los trabajos científicos. Por otra parte, en este tipo de trabajos no suele ser fácil evitar la continua irrupción en otras especialidades, con fines comparativos, por arriesgado que ello sea; precisamente por eso hay que deducir la consecuencia de una gran resignación ante el poco éxito del resultado. La moda y la nostalgia literaria quieren hoy creer que pueden prescindir del especialista o degradarlo a trabajador subalterno para el «panoramista». Casi todas las ciencias deben algo a los diletantes, muchas veces valiosos puntos de vista. Pero el diletantismo como principio de la ciencia, sería su fin. Quien quiera ver «panoramas» que vaya al cine: la oferta en este campo de problemas es hoy masiva, incluso en forma literaria⁴. Pero nada está más lejos que esta mentalidad de las por demás sobrias exposiciones de estos estudios, de intención rigurosamente empírica. Y quisiera añadir que quien desee sermones que vaya a la iglesia. No se dedicará una palabra a examinar la relación de valor que existe entre las culturas que se comparan. Es verdad que el curso de los destinos humanos enciende y conmueve el pecho de quien contempla una fracción suya. Pero hará bien en guardar para sí sus insignificantes comentarios personales, como se hace cuando se contemplan el mar o las cordilleras, al menos si no se sabe dotado para y llamado a la expresión artística o a la exigencia profética. En casi todos los demás casos, el mucho hablar de «intuición» no esconde más que falta de distanciamiento del objeto que ha de juzgarse del mismo modo que la actitud análoga hacia el hombre.

Necesitamos justificar por qué no hemos utilizado, para perseguir nuestro objetivo, la investigación etnográfica, como parecería ineludible, dado su estado actual, para una exposición realmente a fondo de la religión asiática en particular. No es únicamente porque la capacidad humana de trabajo tiene sus límites, sino sobre todo porque pareció permisible por importarnos exactamente la determinación religiosa de la ética de aquellos estratos que fueron los «exponentes de la cultura» en sus ámbitos respectivos. Se trata justamente de las influencias que ha ejercido su modo de vivir. Pero también es totalmente cierto que tampoco este modo de vivir puede captarse con pleno acierto en su peculiaridad si no se lo confronta con sus supuestos etnográficos. De manera que hay que insistir expresamente en la confesión de que hay aquí una laguna contra la que el etnógrafo protestará con toda razón. Espero poder hacer algo para llenarla en un tratamiento sistemático de la sociología de la religión. Pero el marco de esta exposición, con sus limitados objetivos, no es suficiente para una empresa de este alcance, Aquí he tenido que conformarme con el intento de poner de relieve lo mejor posible los puntos de comparación con nuestras culturas religiosas occidentales.

⁴ No necesito decir que no me refiero a investigaciones como, por ejemplo, la de Jaspers (en su libro *Psychologie der Weltanschauungen*, 1919), de Klages (*Characterologie*) o estudios semejantes, que se diferencian de la presente investigación desde su mismo punto de partida. No hay aquí espacio para una discusión con ellos.

Por último, diremos también algo sobre el lado *antropológico* del problema. Cuando nos encontramos repetidamente con que en Occidente, y sólo en Occidente — y en ámbitos de la vida en apariencia independientes uno de otro se desarrollan determinados *tipos* de racionalización, parece natural suponer que las cualidades *hereditarias* constituyen su sustrato decisivo. El autor reconoce que, personal y subjetivamente se siente inclinado a tener por grande la importancia de la herencia biológica. Pero por ahora, pese a las importantes aportaciones del trabajo antropológico, no veo vía alguna para captar con alguna exactitud, o al menos indicar a modo de sospecha, el cómo, el cuánto y el dónde de su participación en los fenómenos que aquí se investigan. Precisamente tendrá que ser una de las tareas de todo trabajo sociológico e histórico comenzar descubriendo el máximo de todos aquellos influjos y cadenas causales que puedan explicarse de modo satisfactorio por reacciones ante el destino y el medio. Entonces, si, además, la neurología y psicología comparativa de las razas han sobrepasado con mucho la fase inicial, prometedora en ciertos aspectos, en que se encuentran, cabrá quizás esperar también resultados satisfactorios para el problema que nos ocupa⁵. Por ahora me parece que faltan estos presupuestos, y que toda remisión a la «herencia» supondría una renuncia precipitada al grado de conocimiento que quizás es hoy posible y un desplazamiento del problema a factores hoy en día desconocidos.

⁵ La misma opinión me manifestó hace años un eminente psiquiatra.

I LA ÉTICA PROTESTANTE Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

I. EL PROBLEMA

1. CONFESIÓN Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL*

Cuando se pasa revista a las estadísticas profesionales de aquellos países en los que existen diversas confesiones religiosas, suele ponerse de re-

* Este trabajo se publicó en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (J. C. B. Mohr, Tubinga), vols. XX y XXI (1904-1905) de Jaffé. Mucho se ha escrito en torno al mismo, limitándome a señalar aquí las críticas más exhaustivas. F. RACHFAHL, «Kalvinismus und Kapitalismus» en la *Internationale Wochenschrift für Wissenschaft, Kunst und Technik*, 1909, núms. 39-43. Véase a este propósito mi «Antikritisches zum „Geist“ des Kapitalismus», en el *Archiv* cit., vol. XXX, 1910, y la respuesta de Rachfahl, *loc. cit.* («Nochmals Kalvinismus und Kapitalismus»), 1910, núms. 22-25, y mi respuesta final, en el *Archiv*, vol. XXI. (Me parece que Brentano, en la crítica a que luego me referiré, no ha conocido estos últimos razonamientos míos, puesto que no los cita.) Rachfahl es un sabio a quien estimo mucho, pero al tratar de la cuestión se mueve en una esfera que, en realidad conoce muy poco, y por eso, en esta edición no he recogido nada de mi polémica con él, por su esterilidad, limitándome a aportar algunas (muy pocas) citas complementarias de mi contracritica y a intercalar algún pasaje o nota con el fin de evitar para el futuro todo equívoco. Véase SOMBART, en su libro *Der Bourgeois*, Munich y Leipzig, 1913, al que más tarde he de referirme en algunas notas. Finalmente, Lujó Brentano, en el apéndice II del discurso pronunciado en la Academia muniquesa de Ciencias sobre *Die Anfänge des modernen Kapitalismus* (publicado aparte en Munich, 1916, ampliado con algunos apéndices); también tendré ocasión de referirme más tarde a esta crítica. Quien tenga interés en ello, podrá comprobar, haciendo las comparaciones oportunas, que no he suprimido, alterado ni atenuado una sola afirmación de mi artículo que yo considerase esencial al escribirlo, y tampoco he añadido nada que se desvíe del contenido del primer trabajo. No tenía ningún motivo para hacerlo, y la lectura del libro obligará a convencerse de ello a que todavía dude. Los dos últimos profesores citados han incurrido entre sí en más contradicción que conmigo mismo. La crítica de Brentano contra la obra de Sombart: *Die Juden und das Wirtschaftsleben* la considero objetivamente fundada en muchos puntos, aun cuando injusta en general, prescindiendo de que tampoco Brentano ha sabido ver lo decisivo en el problema de los judíos, que nosotros eliminamos de primera intención. (Véase más adelante.)

Del campo teológico podríamos señalar muchas valiosas sugerencias acerca de nuestro trabajo, pudiendo decirse que, en principio y salvo discrepancias de detalle, la aceptación de sus afirmaciones ha sido cordial y objetiva; esto me resulta tanto más grato cuanto que no hubiera podido extrañarme que se manifestase cierta antipatía contra el modo a que me he visto obligado a tratar estos asuntos. Lo que para el teólogo afecto a una religión es lo valioso en ésta, no podía ser lo decisivo para mí. Nos hemos ocupado de los aspectos más superficial-